

IDENTIDAD POLÍTICA GENÉRICA

Acción positiva entre nosotras

Dra. Marcela Lagarde **

La política, el poder local y la participación de las mujeres en la actualidad tienen muchas facetas posibles; sin embargo, he seleccionado algunas de ellas para tratar en esta ocasión. Todas están relacionadas entre sí. Se trata de la Acción Positiva o Afirmativa, de la construcción de relaciones democráticas en las mujeres y, por consiguiente, la recreación de la identidad de las mujeres a través de la política.

La "Acción Positiva"

Me parece que en la actualidad es imprescindible buscar el consenso en todos los niveles (nacionales, regionales, municipales, locales), respecto a los planes concretos para desarrollar Acción Positiva como parte central de cualquier alternativa y proyecto democrático. Hacer de esa opción una voz colectiva y simultánea tal vez nos permita, en cualquier espacio, realizar acuerdos para impulsarla.

Su impacto potencial es enorme. Basada en la ética feminista, la Acción Positiva propone caminos actuales y posibles para desmontar una de las dimensiones más opresivas de nuestro mundo: la organización genérica de la sociedad, de la cultura y de la política. Si se democratizan áreas, procesos, relaciones de esa organización, habrá profundas transformaciones en cadena.

Modernidad y democracia

Modernidad y democracia son complejidades que no acaban de asentarse en nuestros países, ni para nosotras. Sin embargo, ambas han estado presentes en la vida de las mujeres, aunque no de manera articulada. Precisamente, la escisión entre modernidad y democracia ha conducido a paradojas tales como la intervención de las mujeres en amplios sectores de la economía, la extensión de la duración de la vida tanto como de las jornadas de trabajo, el incremento de actividades y de la participación social pública frente a la pauperización de mujeres hoy alfabetas que son ciudadanas excluidas de la política y tuteladas en la vida cotidiana.

El encuentro de modernidad y democracia puede ser extraordinariamente liberador para todas y para todos. En ese sentido, la Acción Positiva es en el mundo un hito, y puede serlo en concreto, en cada localidad. Su dimensión política radica en que se concreta en medidas y mecanismos tendientes a enfrentar, de manera práctica, la opresión de las mujeres, y a alcanzar condiciones de igualdad entre los géneros. Esta propuesta puede contribuir a la inclusión legítima de la visión feminista en la cultura política de alternativa.

Lo innovador de convocar a la Acción Positiva consiste en que se trata de un pacto político previo a los cambios que se propone. Su transgresión reside en que las mujeres --las pactadas, como nos llamaría Celia Amorós-- proponen compromisos y asumen su condición de sujetos. La mecánica para el acuerdo es además interesante: se trata de un pacto metapolítico previo entre los hacedores de la normatividad, que reconoce el consenso silencioso frente al patriarcado y, para cambiarlo, crea condiciones para llegar a los espacios culturales desde los que se convence y se crean nuevas mentalidades, nuevos hábitos, nuevas formas de comportamiento y actitudes que corresponden a un nuevo paradigma ético.

He ahí la calidad política del pacto que puede contribuir a la transformación de las mujeres en sujetos políticos, porque pone en el centro a las mujeres con recursos y capital político.

* Marcela Lagarde: Etnóloga, Maestra y Doctora en Antropología. Profesora de los Posgrados de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, y del Colegio de México, así como del Espacio de Encuentro entre Mujeres. Autora del libro *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (México: UNAM, 1991). Coordinadora de los Talleres "Casandra" de Antropología de la Mujer.

Dar el paso para consensuar la Acción Positiva y para convertirla en pacto social, en derecho, en vida cotidiana, plantea un problema de solución delicada y compleja. Se trata de construir una gran fuerza capaz de llevar la Acción Positiva a cuanto proceso político haya, a todos los espacios de organización civil, a los medios masivos, a la imagen, a la escritura, a la palabra, a los hechos. Este esfuerzo requiere establecer pactos con las organizaciones y la institucionalidad existentes, para que forme parte de sus alternativas políticas y de programas y políticas públicas. Y hacerlo exige desplegar un afán consensualizador para movilizar a miles, a decenas de miles, ojalá a más.

Las mujeres que se movilizan en nuestros países se ubican en diversos ámbitos. No todas están involucradas con el movimiento feminista: algunas pertenecen al movimiento popular y, en él, al de mujeres, al sindical, al de colonos y pobladores, al de educadores, al universitario, al de salud, al ecologista; algunas de ellas actúan en partidos políticos y en organizaciones de iglesias; otras son además funcionarias, representantes y parlamentarias, juezas, alcaldesas, ediles, municipales. Somos mujeres de generaciones y referencias culturales diversas. Tenemos concepciones del mundo que abarcan ideologías y experiencias, valores, creencias, tradiciones y costumbres distintas. La diversidad de mentalidades y de recursos subjetivos es increíblemente heterogénea. Pero nos asemejamos en nuestras aspiraciones democráticas, en nuestro deseo de eliminar injusticias y de cambiar nuestras vidas, el vecindario, la comunidad, el mundo. Con todo, es preciso tener presente que detrás de los términos y las consignas comunes, cada una de nosotras tiene sus propios anhelos, sus necesidades particulares y sus muy personales aspiraciones.

Uno de los elementos más enajenantes de la condición patriarcal es la pertenencia de las mujeres a otros seres, concretada en comportamientos corporativos claramente identificables. De ahí que las formas organizativas de la Acción Positiva deban ser más eficaces, de manera que la participación política individual logre menguar los conflictos que surgen al sobreponerse las corporaciones a la acción de las mujeres. Y, sobre todo, para de-construir en la práctica --en la relación política entre mujeres y con los otros-- los mecanismos de representación y delegación que, combinados, producen enormes daños a la causa de las mujeres. Al hacer política, es posible desmontar a la mujer limitada y despersonalizada, para contribuir a la individualización de cada una en alianza con las demás; es posible hacer de las mujeres en la política una fuerza diversa y unificada de interlocución y pacto.

Es preciso, entonces, investigar, analizar y elaborar visiones comprensivas de los hechos significativos, y pasar de la comunicación en los ámbitos de mujeres, a los espacios públicos abiertos. Debatir los grandes hechos de la organización genérica del mundo puede cambiar su estatus de asuntos no políticos, y hacer que formen parte de los grandes temas locales, municipales, nacionales.

Si esto sucede, es posible consolidar espacios de convergencia conceptual entre mujeres diferentes, espacios de identificación de género en que las otras referencias de cada quien no aparezcan como obstáculo para hacer política.

Tal vez así se consiga debilitar las lealtades extragenéricas y construir, dialógicamente, vínculos de pertenencia al espacio simbólico de las mujeres que actúan para cambiar radicalmente el mundo.

En este proceso, es importante apelar tanto a la individualidad de las mujeres como a su capacidad de alianza, para la construcción de concepciones cambiantes que no sean dogmáticas y que permitan actuar en consecuencia.

A quién convocamos

Lo primero es definir si para hacer realidad esta alternativa convocamos a todas las mujeres y a todos los hombres dispuestos a hacer realidad con nosotras la Acción Positiva. Si es así, y si la convocatoria se hace después de un *ubis* feminista, es preciso ampliar real y simbólicamente la capacidad inclusiva del feminismo, es decir, resignificar su vocación abarcadora y no excluyente.

Además, es ineludible enfrentar el problema político cultural que significa la satanización o las múltiples formas de negación, descalificación y desvalorización del feminismo, que lo encajonan todavía como exabrupto, como locura, como sexismo comparable al machismo; satanización que hace ignorarlo y temerlo casi con la misma intensidad todavía por muchas personas.

De ahí la necesidad de desmitificar el feminismo.

Por ello necesitamos descartar por principio toda referencia excluyente, discriminatoria o desvalorizadora de unas mujeres sobre las otras, de unas organizaciones y procedimientos sobre otros. De no hacerlo, se refuerza la fragmentación política del género y se favorece la sobreidentificación de las mujeres con otras dimensiones de su identidad. Al excluirnos entre nosotras, se fortalece la idea de que las feministas somos unas cuantas, marginadas y dañinas.

En procesos como éste, *unas cuantas* se convierte en la experiencia desmovilizadora y frustrante que vive cada mujer no incluida o excluida de su aproximación al feminismo. Hallamos un extremo cuando las mujeres son expulsadas o descalificadas políticamente por discrepancias, no toleradas por otras mujeres. Pero lo más común es la actuación fragmentaria entre organizaciones e instituciones, entre movimientos y acciones gubernamentales, tan cargadas de sectarismo y de exclusivismo.

Desvanecer la fantasía negativa del feminismo y de las feministas es complicado y difícil: pasa por la comprensión de que, al recrear el sistema de mandatos, jerarquías y poderes de dominio, se reproduce la opresión de las mujeres en el ámbito político y se logra el extrañamiento del feminismo con el que reaccionan algunas mujeres, hasta variados antifeminismos con razones renovadas.

Mientras mayores sean el purismo y las exigencias, los requisitos, los deberes, los conflictos, los rituales de pasaje, las jerarquizaciones que conllevan monopolio de bienes, más se amplían la enajenación política y el antifeminismo.

El antifeminismo como corriente ideológica de diversos tonos y de múltiples formas de acción política se despliega en todos los ámbitos, y nosotras no somos inmunes a él. El feminismo sobreidealizado, excluyente o punitivo, lo retroalimenta y tiene un efecto de reacciones aumentadas. Dado que en la cultura dominante cada mujer es concebida como todas las mujeres, las acciones de unas cuantas --sobre todo si son feministas-- se presentan como pedagógicas y probatorias de lo dañinas que son todas las mujeres y de que, finalmente, todas somos inadecuadas y fallidas para la política. Esto es grave, además, porque la política es considerada jerárquicamente como la expresión superior de la vida social. En cambio, si se acierta, el juicio que sanciona ese acierto sólo es de validez individual.

Las organizaciones y las formas de trato que repiten los claustros, los comités centrales, las inquisiciones, las comisiones de ingreso y expulsión, los comités legitimadores de títulos o de membresía, no permiten ampliar la participación política de las mujeres. Pero también los organismos y las instituciones desdibujadas, sin estructuras claras, en los que siempre está en duda la legitimidad del liderazgo o de las capacidades, en los que prima la confusión de objetivos y las insurrecciones silenciosas, tampoco permiten la ampliación y el convencimiento de otras mujeres.

Justamente, las mujeres nos decidimos a hacer política en busca de alternativas para salir de condiciones de vida enajenantes. Pero, aún en la mayoría de los casos en América Latina en ONG, en instituciones y en grupos en que prevalecen las condiciones mencionadas, las mujeres encuentran espacios políticos doblemente enajenados, porque se les supone liberadores.

La experiencia de muchas mujeres está plena de fórmulas y mecanismos excluyentes, discriminatorios, de sacrificios y desgaste, originados en el momento en que, para liberarse de todo esto, se incorporaron a movimientos y organizaciones. Además, todavía no hemos logrado revertir el hecho que hace no corresponder el *empowerment* personal y colectivo con las energías, el trabajo y el convencimiento que se ha invertido. A veces el éxito de las acciones emprendidas se evalúa como insatisfactorio, porque se cree que con unas cuantas acciones o en un tiempo aceptable es posible modificar de fondo no sólo las secuelas inmediatas del patriarcado, sino sus profundidades abisales.

Precisamos una identidad política de género

Construir una identidad política de género es el proceso más complejo en que debemos involucrarnos. La mayoría de las mujeres que participan en política lo hacen en referencia a otras condiciones sociales --no a su género-- y actúan como miembros de corporaciones que siempre las determinan y las subsumen, porque abarcan mucho más que la endeble particularidad genérica de las mujeres.

Cada mujer política vive sujeta a diversas formas de lealtad, de pertenencia, de control, de intermediaciones. Todo ello se concreta en una compulsión de identidad fuera del género; por eso,

también, es complicado convocar a las mujeres cuando el mensaje es decodificado desde sus referencias que desvalorizan la identidad de género.

Este problema se agrava cuando están implicadas referencias de identidad política binarias y excluyentes, tales como feminista o luchadora social, militante del movimiento feminista o del movimiento de mujeres o del movimiento popular, gobernante, oficialista o de la sociedad civil. La complicación es aún mayor cuando la referencia incluye categorías como intelectuales y activistas, populáricas, gobernantes, y de base.

Estas claves múltiples, y otras, podrían ser simples signos de la diversidad de las mujeres. Pero no es así, y por ello presentan, entre otros, los problemas siguientes: por un lado, la rica complejidad de cada una queda estereotipada en una referencia que se vuelve etiqueta y estigma; y, por otro, cada definición se erige en el desconocimiento de las demás y en la desidentificación de género.

En tales condiciones, se prioriza una referencia de identidad cualquiera, y se subsume en ella --a través de la negación o del olvido-- la identificación fundamental, que es la de género. Además, estas clasificaciones son recursos importantes para ocupar posiciones, para estar dentro o estar fuera, para ser considerada parte o para ser excluida. Los criterios para incluir, en su compulsión exclusivista, abarcan linajes, antecedentes familiares, procedencias nacionales, edad, experiencias política del pasado y preferencias eróticas de quienes convocan y de quienes son convocadas.

Organización para la Acción Positiva

La participación política de las mujeres, en todas partes, parece atravesada por problemáticas como las mencionadas.

No hay una gama abierta de formas de organización; más bien, tendemos a recrear contenidos, estructuras y fórmulas de la cultura política dominante. Así, al hacer política, estereotipamos nuestras actividades, nuestras formas de buscar y de ocupar posiciones jerárquicas, nuestros discursos, nuestros lenguajes corporales, nuestra indumentaria, nuestras actitudes y, en general, nuestro comportamiento, y exigimos de los demás que hagan lo mismo de manera especular.

Para convocar a las mujeres a actuar, es preciso reconocer que hacer política implica ganar y perder poderes que provienen del ámbito político, y van desde algo tan volátil y tan valioso como el prestigio, hasta bienes y recursos sociales, económicos, intelectuales y simbólicos. Por ello, a pesar de la conciencia y de la voluntad de cada quien, hacer política pasa por la competencia, la rivalidad y la alianza maniqueas. No obstante, a pesar de todo eso y mucho más, es imprescindible intervenir para modificar esos mismos hechos, ante los cuales se hace ineludible manifestar la crítica y el extrañamiento.

Tal ambivalencia contradictoria marca de manera profunda, desde su inicio, cualquier participación política de las mujeres. Por tal motivo, es preciso, cuando menos, reconocer dónde y cómo se presenta esa ambivalencia. Buscar, al mismo tiempo, alternativas, puede permitir que no se recreen los nudos de poder opresivos tan bien conocidos.

La puesta en acto de la Acción Positiva es una oportunidad para construir las fuerzas políticas locales, regionales y nacionales que se requieren, pero es preciso hacerlo sobre mecanismos diferentes. Es deseable reconocer la necesidad de aumentar la participación política de-construyendo la cultura política que nos conforma y los rasgos que la definen: la incondicionalidad que se exige a quien participa, ocasionada por la ausencia del sentido feminista en las alternativas que se plantean, y la fragmentación del enfoque de género. Así, nos conducimos muchas veces con dogmatismo y sin imaginación, con pensamiento mágico y, en el terreno de la acción, con pragmatismo.

La acción política concreta en ámbitos inmediatos con alternativas posibles puede ayudarnos a salir de las creencias y entrar en el mundo del análisis, de los conocimientos, de los proyectos viables.

Así, la intervención de las mujeres en el reordenamiento social y cultural encuentra también sentido en las mujeres mismas.

Contribuir al proceso de conformación de un sujeto político de género precisa tener hoy como base firme la cultura de la tolerancia, la co-alición en la diversidad, la discrepancia de la pluralidad de posiciones y

opciones para reconocer la semejanza. El acuerdo en las propuestas, la capacidad de impulsar líneas de acción específicas y también comunes, el apoyo coaligado de todas a aquellas que actúan en organizaciones e instituciones mixtas.

Desde una identidad política de género para las mujeres como la descrita --que se compone de la singularidad y de la semejanza-- es posible reivindicar de manera unitaria en la sociedad el derecho a la participación de género, más adecuado que la reivindicación del derecho a la diferencia.

Lograr que se reconozca la diferencia en un mundo que asimila lo humano a lo masculino es tan esencial para nosotras como lograr la igualdad política en el orden genérico.

Recurrir a la diferencia para definir nuestra identidad puede reproducir lo que ya conocemos. Autodefinirse como diferente significa que quien lo hace no se ubica en el espacio del sujeto que es, sino --de nuevo-- en referencia al *otro* paradigmático. Enunciar este derecho como el derecho a la *especificidad* conduce, en cambio, a la legitimación de lo propio, y corresponde con nuestro deseo y con la posibilidad de ser sujetos. Así, la identidad política expresa la identidad filosófica.

Participar como sujetos políticos conduce a definirnos desde nuestra condición de género, en proceso de *de-construcción*.